

vieron miedo que aquello acabase trágicamente, advirtieron con oportunidad al hombre de la faja tricolor. Mi gracioso y bello amante me dió aquel día un puntapié en el vientre.

Durante tres meses estuve enferma. Todo el mundo me creyó muerta. Cuando reaparecí una noche en el teatro, me llamaron la resucitada. El príncipe estaba en la orquesta; no nos habíamos visto desde nuestra separación forzada. Cambiamos nuestras sonrisas cariñosas como gentes bien educadas. Al día siguiente el príncipe me envió una perla admirable rodeada de brillantes, con estas palabras: «El anillo de la ruptura.»

Después he sabido que se ha casado dos ó tres veces.

Se dice que sus mujeres mueren de pena porque le aman demasiado.

Estoy por creer que las mujeres aman únicamente la tiranía.

XVIII

La comedia

Tenía un vago deseo de celebridad; doñame haberme faltado el valor para llegar á ser un prodigio en el piano; cuando leía

una novela de George Sand, meditaba durante dos horas; cuando iba al Louvre, moríame de envidia por no pintar como Rafael y como el Ticiano.

Y sin embargo no debía ser célebre, ni por la novela, ni por la pintura, ni por la música.

Fuí célebre únicamente por haber valsado. Felizmente mi celebridad no duró más que un día. Abrigaba asimismo la idea del teatro. Mr. Hostein me contrató para una comedia de magia. Mr. Montanbry me hizo debutar en bailes de carácter.

En los Bufos-Parisienses representé el papel de Diosa; en la *Gaité* me ofrecieron el papel de Mignon. Quería y no quería, vacilaba dedicarme de lleno al teatro y aquellos ofrecimientos levantaban mi orgullo.

Yo hubiera querido representar *Célimène*, ni más ni menos.

Sin embargo, no representaré nunca más que el papel de hija arrepentida.

¡Quise decir de impenitente!

Sueño muy á menudo en arrepentirme, pero no tengo los medios. Y después de todo no era ageno cierto orgullo el que yo quisiera representar hasta el fin el papel terrible y dulce de la cortesana.

Habíame despojado del antifaz y no tenía miedo de nada ni de nadie, sino de mi conciencia, pero la adormecía sobre un lecho dorado, cubriéndola con ropas de seda.

A ciertas horas se olvida una mujer de su catecismo y de su primera comunión, y cierra el Evangelio para abrir una novela, juzgando al mundo por una carcajada, de-

ciendo que todo es estúpido desde el principio hasta el fin, y que la impunidad más absoluta reina y domina. He aquí por qué tantas jóvenes galantes tienen la sonrisa en los labios y el desdén en los ojos. ¿Qué es la virtud? Una pequeña é insignificante desgraciada vestida de lana que lleva un paraguas. ¿Qué es el vicio? Un altísimo y poderoso señor en un mundo de cortesanas. A mí no me gustaban los paraguas, y el abanico me parecía mi arma familiar. Quise llevar hasta el último extremo la vida á cuatro caballos de las jóvenes perdidas. Quien dice la vida á cuatro caballos de las cortesanas, dice la vida á cuatro amantes.

Hablóse pronto de mí en las familias, como se hablaba sobre la pista de las carreras.

Pasaba sobre las fortunas como el huracán sobre las espigas. Ciertamente que no era por atesorar, pero sí para pagar mi lujo opulento, un lujo inaudito y fastuoso.

Empecé á inquietar á Mme. de P** C., que poseía un hotel maravilloso, á Mme. de propietaria de una suntuosa alcoba, y á Mme. M*** orgullosa por su cuadra incomparable. Adquirí los muebles raros como Rosalía León. Jugaba más que Soubise, quise ser bella como Deveria, y espiritual como Marta Devoyod; cuando deseaba dar una comida, no tenía que hacer más que un gesto y honraban mi mesa los príncipes y los intelectuales más ilustres.

Tornéme pronto en mujer histórica, hasta el punto que no llegaba extranjero á París que no solicitase serme presentado. Cle-

singer y Carpeaux expusieron mi busto. Carolus Duran me trasladó al lienzo para la exposición; ¡extraña historia! Fué un triunfo, sobre todo, la línea de adoradores.

No podía impedir, sin embargo, en mis horas de moderación, cuando me otorgaba el lujo de estar sola, de pensar en el espantoso despotismo de la cortesana.

Un historiador que hace poco leí, Paúl de Saint Víctor, dice que durante seis mil años la humanidad ha observado el mismo juego con la cortesana. Nada de términos medios para ella, ni siquiera el purgatorio; el cenegal ó la apoteosis, la idolatría ó el abismo, el cielo ó el infierno.

Recuerdo aquel escritor que Venecia fatigada de su carnaval perpetuo, desterró á sus cortesanas. Pero después de tres meses de cuaresma, Venecia les abrió sus brazos: ¡Regresad, les dijo, regresad pronto, honestas meretrices!

Y aquel día fueron exactas las cortesanas, y desde entonces, aquellas Dalilas rompieron los dientes y cortaron las uñas al león de San Marcos.

He copiado esta bellísima página de Saint-Victor: Por violentas que sean las tempestades que ella provoca á su alrededor en el Océano de los hombres, ella sobrenada siempre, brillante, mortífera, inextinguible como un fuego griego. De cualquier lado que miréis la historia, os apercebiréis que en todas partes, de pie ó echada, conserva una actitud triunfal. Se nos aparece en la Biblia revolcándose en una montaña de mantos de púrpura, trofeos de sus amantes

despojados. La India la hace entrar en el serrallo místico de sus dioses; Grecia la eleva á la divinidad de musa y coloca en su brazo la lira de marfil. Ella sangra al imperio romano en sus cuatro venas y lo libra de los bárbaros extenuándolos. Exorcisada por la Edad Media, reaparece á los primeros rayos del Renacimiento en flor, desnuda, lasciva, pagana hasta la punta de las uñas. Atraviesa el siglo XVIII al gran galope de sus ocho caballos guarnecidos de rosas, con un equipaje de hada dichosa, sembrando el oro, las perlas, la insolencia, la blasfemia, el ingenio á manos llenas durante su marcha. En nuestros días, en fin, ha creado para ella sola un distrito, la pirámide de Rhodope del París moderno.

Moabitas, bayaderas, heteras, damas galantes, ninfas, impuras, loretas, mujeres entretenidas, damas de las camelias como ellas se llamaron ayer, jóvenes de mármol como las llaman hoy, cualquiera que sea su nombre, su tipo, sus costumbres, sus procedimientos de rapiña y de corrupción, ellas tienen *vendimiado el mundo*, según la sangrienta expresión de un poeta latino.

La parte animal de la humanidad las pertenece, ellas lo saben, ellas cuentan y cual nueva Circes no se preocupan ni se cuidan más que de engrandecer y decorar sus establos. ¿No nos pinta acaso el Apocalipsis á la *Cortesana de la última hora sentada y triunfante sobre la Bestia*? ¡Qué terrible símbolo! Pero es magnífico, verdadero, espantoso. Así, pues, se explica esa confusión discordante de elogios y de injurias

sobre Friné y Lydia. El espíritu las insulta, la materia las halaga, y se tira á sus pies. ¡Cuántas veces estas dos viajeras se han encontrado y cruzado en el camino! El alma que se va y el cuerpo que viene.

El historiador de *Hombres y Dioses* dice que las cortesanas han pasado su tiempo, que las estrellas no son más que gusanos brillantes.

Se equivoca en esto; ellas reinan más imperiosamente que nunca, están en todos los mundos, y un novelista ha tenido gran razón en estudiar en uno de sus libros á las cortesanas del mundo. Un poeta griego escribe: «¡Una hetera! Si habéis tenido la desgracia de amar á una hetera, habéis abrazado á una serpiente horrible, á una quimera devoradora, á una cariyadis, á una scylla de tres cabezas, á una mortífera, á una leona, á una hiena, á una harpía voraz. Todos estos monstruos valen más que una hetera.»

Esto es verdad; pero la hetera vale más que el hombre; ella obedece al espíritu del mal, pero ¿no es para comprender mejor el bien?

Mi periodo de grandeza duró tres años. Tengo miedo de llegar al periodo decadente, no porque mi belleza no sea radiosa aún (fuera falsa modestia), pero porque soy muy perezosa para continuar esta guerra y esta carnicería.

Os he contado el ayer, os he contado el hoy, ¿y el mañana? Ya os he dicho que no me gustaban los puntos de interrogación.

Mañana no desespero de ir á llamar á la puerta del refugio de Santa Ana.

Si voy, no abriré ciertamente mi ventana sobre el mundo.

Me otorgo ocho días de tiempo para concluir.

De lo contrario, creo que iría á *borrarme* con las *jóvenes arrepentidas*, no sé si á llorar mis pecados ó á olvidar.

Tal vez para expiar la necesidad de haber escrito este libro y de haber descubierto mi corazón, me será perdonado, porque habré llorado mucho (1).

(1) El diario que sigue indica la época en la que la señorita Juana de Armaillac separó á Marcial de Briançon de Carolina Aumont.

LIBRO III

EL ULTIMO GOLPE

I

Una semana hermosa

Concluyen aquí las confesiones de Carolina, y su escrito parecía una serie de deliciosas patas de mosca hecha con diminuta pluma de águila ó de cuervo.

Sobre las hojas unidas ya, Carolina había continuado sus confidencias escritas con mano más nerviosa.

Hasta allí, el ingenio lo mismo que el corazón, habían guiado su mano. Como vulgarmente se dice, Carolina se escuchaba al hablar. Pero en esas nuevas páginas había derramado su corazón sin medida. Ni una frase, ni una palabra ingeniosa. Veamos:

MARTES

«Fantasio vino á verme cuando concluía esta última página de mis confesiones. Las he escondido bajo un abanico.